

había continuado con este “destino”, de tal manera que, a la llegada de Savage, un sobrino —“Don” Antonio— se hallaba a cargo del control de calidad, y aún estaba trabajando “Don” Chico, la primera persona contratada por “Don” Eduardo. Savage describe el tejido de relaciones paternas entre “Don” Eduardo y sus tres hijos, y los “Dones” padres de familias que trabajaban en la fábrica y asumían ese modo de vida como su “destino”. La gerencia taylorista introducida por los “Doctores” fue contraproducente con los sentimientos de equipo, la productividad y el paternalismo anteriores, con el lógico resultado de hostilidad y creación de un vacío social, en tanto se perdía la identidad de los “dones”. La subestimación de los “padres de familia” —que, por experiencia y relación tradicional de “dones” con los patronos, ocupaban los puestos de más importancia en la ejecución de la producción— generó un *conflicto social* en el que se oponían los “Doctores” y el Comité Social, con el cual estos intentaron suplir el tejido anterior, y los trabajadores más enraizados en las prácticas rituales. La solución provino de la reorientación de la práctica gerencial, favorecida por la intervención de los obreros nuevos —llamados en el estudio “camahanes”—, al desarrollarse, básicamente, nuevas formas de liderazgo informal, al que Savage alude como un elemento catalizador. La tercera sección (págs. 151-208) presenta como una época de conflicto la experimentada en la fábrica de vestidos de “El Dandy”, ya en un medio urbano permeado por fenómenos de migración campesina, la Acción Católica y su contraparte de sindicalismo extremoizquierdista, y varias formas de desadaptación social. El de “El

Dandy” era un conflicto entre dos utopías: por un lado, la utopía empresarial de un gerente que insistía en combinar los incentivos económicos individuales con la “evangelización” de sus empleados por medio de boletines, en que se mezclaban los ideales de paz social propios de las encíclicas pontificias con las esperanzas de crear una sociedad industrial justa y eficiente, en la cual “lo mejor de lo moderno se pudiera combinar con lo mejor de lo pasado”. Y por el otro, la contrautopía de los trabajadores —especialmente hombres— que a través de una huelga de cien días quisieron demostrar la manera de acabar con la “explotación”, lo cual logró trastornar el sueño del gerente pero, igualmente, conducir al fracaso de la empresa. En los dos capítulos de la cuarta sección, el editor analiza las condiciones del “cambio estructural” en el contexto de la producción fabril en América Latina. Una de las contribuciones más importantes del trabajo allí resaltada es destacar que el conocimiento de la tradición cultural y el respeto a la organización social de la producción ligada a ella son requisito para el desarrollo teórico de la administración del trabajo y sus perspectivas de aplicación.

Con la obra de Savage —en dos años de difusión, poco conocida en nuestro medio— se cimenta una línea de investigación que, al parecer, no ha tenido mayores ecos en la historia empresarial y del trabajo colombiano. Se podría verificar esto con los difíciles intentos de aproximarse a la evaluación del impacto en la cultura y la organización social de la producción, ocasionando con la instalación de enclaves fabriles como los de la minería, la agroindustria o de plantas como las de manufacturas para expor-

tación, para no citar sino algunas de las más importantes y recientes.

JOSÉ ERNESTO RAMÍREZ

¿Dónde va la pobre coja? Educación y diversión

Las rondas y los juegos infantiles:
folclor y educación

Octavio Marulanda Morales,

Gladys González Arévalo (ilustradora)

Secretaría Ejecutiva del Convenio

Andrés Bello, Bogotá, 1988

Se juega a estar vivo estando muerto, a bajar arriba o a subir bajando. El juego se enriquece con la imaginación y se instaura en el rito; la traslación de escenarios y situaciones abre las puertas hacia dentro y hacia fuera. Las danzas circulares, los coros repetidos, los enigmáticos acertijos hablan de una historia que sucedió hace mucho tiempo y en un lugar que no se sabe y que ocurre ahora en un espacio conocido. El juego es, pues, placer, conocimiento y acción; como condición innata de la especie hay que entenderlo, como posibilidad creativa hay que utilizarlo, como vehículo de interacción es excelente.

Jugando aquí y allá, rimando, rondando o cantando, en tierra caliente o tierra fría, con niños de ruana o de camisa, Octavio Marulanda construyó este libro pintando y anotando todo aquello que oía o que veía. Y el resultado fue notable: reunió a la gallina ciega y a las cometas; al patico que va al agua porque tiene ganas de nadar y a la muñeca a quien dan jarabe con un tenedor; al señor don gato sentadito en su tejado con el materile-rilerón; al pin uno, pin dos, pin tres con aquel que es redondito redondón sin tapita ni tapón.

Porque, según dice el autor, tampoco los juegos se le escapan a la historia:

[...] *las rondas infantiles no son solamente una forma de jugar, sino una síntesis de herencias culturales muy diversas que han quedado muy bien plasmadas en la memoria de los pueblos que asimilaron en América las costumbres hispánicas y que los niños han logrado conservar como un patrimonio peculiar, cuya frontera la marcan ellos mismos.*

El origen de las rondas y de los juegos infantiles que se practican en Colombia hay que buscarlo en los terrenos del mestizaje [pág. 27].

Tenemos, entonces, que la muñeca vestida de azul, con camisa nueva y su canesú, en el trópico se volvió de tul; Mambrú se fue a la guerra en Inglaterra y un viento del azar lo sembró en Chiquinquirá; la princesa del "arroz con leche, me quiero casar" es una negrita llena de trencitas; las cometas llegaron de la China, el trompo incaico sí no ha viajado tanto aunque ha rodado mucho.

No es tan ingenuo el juego ni tan distraído el sabio. La vida se comienza jugando y lo que se juega es lo que se aprende:

Algunas formas del conocimiento se exteriorizan rudimentariamente en los juegos: el uso de cifras identificativas de formas o lugares (matemáticas); los conteos enumerativos (cálculo, cábala) la implantación de reglas y prohibiciones (derecho natural); el respeto a las formas organizativas del juego y a los compañeros (ética); el uso de palabras adecuadas (el lenguaje), etc. [pág. 16].

Como quien dice, el lazo juego-conocimiento ¡es ronda de nunca acabar!

Están aquí recopiladas las rondas, las rimas, los trabalenguas, las adivinanzas, las retahílas, las jitanjáforas, los juegos de palmoteo que juegan los niños del campo y la ciudad, y los que se jugaban antes, cuando la ciudad no existía. La intención es clara: jun-

tar lo que está disperso, buscar lo que está perdido:

La construcción del país del futuro ha de iniciarse creando en los niños una conciencia placentera de los valores propios, basada en la identificación práctica y real de sus anhelos y vivencias con el patrimonio cultural que los rodea. El folclor infantil contiene todos los ingredientes para darle al mundo de los niños la dimensión y la riqueza que exigen los contenidos de nuestra nacionalidad, como producto que somos de un largo y accidentado mestizaje [pág. 7].

Este libro, patrocinado por la secretaría ejecutiva del Convenio Andrés Bello, no se queda sólo en la recopilación de los juegos folclóricos; propone una metodología general de trabajo que integre el juego con el folclor y la identidad cultural y una didáctica específica para cada ejercicio lúdico, incluyendo las partituras de aquellas rondas que las requieren.

Trabajos como éste intentan llenar el vacío que en la investigación educativa existe en Colombia. Celebramos, pues, la aparición de este libro y le auguramos muchos triunfos tanto en las bibliotecas escolares como en los patios de recreo y las aulas de clase.

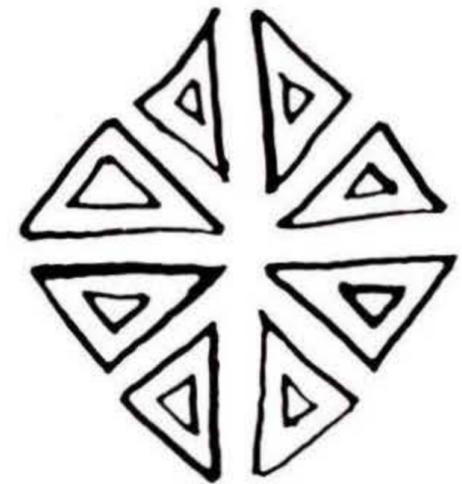
LUZ MARINA SUAZA VARGAS

¡Qué ladrillo, señores!

Los materiales del hombre
Villegas Editores,
Bogotá, 1988, sin paginación

Está visto que el invento del caracol para este oficio es más poético. En cambio, de un libro que sostenga la puerta de la brisa marina lo único que se espera es tropezar. Este libro —*Señor Ladrillo*— no es la excep-

ción por su tema, el ladrillo, pero está desaprovechado. Visualmente, el ladrillo es un objeto que, soportado por una estructura o como parte de ella, es grato, cálido; lleno no sólo de adjetivos sino de cualidades reales; es perfecto arquitectónicamente y, como el editor mismo lo enuncia, es parte de la arquitectura colombiana.



Haber tomado como tema el ladrillo y hacer de él un "ladrillo" —acepción que, dentro de nuestro idioma, ha tomado esta palabra para describir algo pesado y malo— es un error, porque de verdad es tema para un buen libro.

Menciona el editor que es el pilar de cualquier cultura; que con él, por su dimensión y peso, se puede manobrar fácilmente. Que, si recorremos el camino de los materiales del hombre, el ladrillo está en el primer paso que se dé. Saca a relucir la idea de que en algunas religiones está escrito que el hombre proviene del barro. Que en la realidad el proceso para llegar al ladrillo también parte del barro. Y escribe un prólogo con aspecto bíblico, en el que lo único que le falta por decir es que en el principio fue el ladrillo y lo demás es polvo. Comparto la idea de que el ladrillo es, en verdad, el material; sobre todo en clima frío y seco, de lluvia, en la sabana, cerca de los chircales. Pero exponer la idea tan religiosamente me parece sólo un pretexto para jugar con ella de manera figurativa o, mejor, literalmente decorativa. Lo que es el concepto de diseño arquitectónico no está dado en el libro. Hay una luz, un reflejo, un juego fotográfico que permite ver mil maneras del ladrillo como objeto fotografiado, pero no está incluido como objeto de conjunto dentro de un planteamiento